

crimen. (No, no—dicen algunos miembros de la Comisión). Pero si la Asamblea quiere conservar la palma de la gloria, si nosotros todos queremos cumplir con nuestra misión debemos gustar los goces de las *almas sensibles* y se salvará la patria.»

La derecha y el centro aquel día se entregaron en absoluto á Robespierre, creyendo que no vivían más que para él. Robespierre se aprovechó en seguida. Encarceló á Chaumette, guillotiné á Clootz y de un solo golpe mató el culto á la Razón.

¿Quién estorbaba á Robespierre? ¿Contra quien dirigirse ahora?

No sobre la derecha no, si no sobre los representantes en misión, todos salidos de la Montaña.

Centro y derecha uniéronse al pequeño grupo de robespierristas de la Montaña y revocaron la orden de arresto de Heron, es decir, entregaron á Robespierre el brazo de la policía armada. Los adversarios de Robespierre, batidos en la Convención, intentaron por la noche en los Jacobinos hacer un esfuerzo desesperado. Tallien habló aquella noche de la *movilidad* de lo *inmutable*.

Los aristócratas se ríen ahora. Durante mucho tiempo no se ha querido perseguir á Hebert porque se quería utilizar sus servicios y ahora se envolvería entre sus cómplices á quienes lo combatieron siempre. Decidnos por ventura cómo reconoceremos en lo sucesivo á los verdaderos patriotas.»

Robespierre paró muy torpemente esta penetrante puñalada, y en tono lacrimoso dijo: «Si no castigáis á los dos bandos lo mismo, la paz será pasajera; nuestros ejércitos serán vencidos, París perecerá hambriento, nuestros hijos perecerán ahorcados, (*Movimiento de horror...*) Ya los patriotas de Lion están desesperados. Los amigos de Chalier, de Gaillard, son proscriptos en este instante.»

Por medio de estos manejos, de este cambio inesperado, después de haber por la mañana aconsejado economizar la sangre, por la noche empuña la sangrienta bandera de los ultraterroristas de Lion que acusaban á Fouché y á Collot de moderantistas.

Estas fueron las peripecias de la extraña jornada en que Robespierre, durante una hora, habíase visto desarmado como en el 9 Thermidor.

El problema era muy claro. Si Heron hubiera continuado en la cárcel hubiesen reinado los dantonistas. Hubieran encontrado su espada entonces. Brune hubiera puesto sus manos sobre los espías de Heron, y Westermann hubiese sableado al charlatán de Henriot. No sin motivo Westermann, después de su victoria en el Mans, había regresado á París para alojarse entre los *sans-culottes*, cerca de la casa de su amigo Sauter, en la calle más ancha del arrabal.

Pero la Asamblea, dominada por la derecha y el centro, rindió la fuerza á Robespierre.



CAPITULO III

Muerte de Hebert y Clootz. — Propónese la muerte de Danton (24 de Marzo)

Billaud propone la muerte de Danton.—Danton advertido.—Cómo se adormecía la Convención.—La ejecución de Hebert precipita los acontecimientos.—Se acuerda la muerte de Danton.—Prepárase el cementerio de Monceaux.

Parecía que la muerte de Danton era un hecho consumado.

Cuando Robespierre entró en el comité, presa de gran agitación, Billaud vió á Robespierre que llevaba la muerte retratada en su semblante y tembló por él: «Es necesario la muerte de Danton.»

Billaud representaba el Terror mismo. Desconocía voluntariamente los hechos pasados y no presentía nada de lo que había de ocurrir en el porvenir. Su idea fija era la mecánica de los acontecimientos presentes, cuya máquina quería simplificar, cercenando cuanto estorbaba. Añádase á esto que Robespierre conservaba un documento contra Billaud, el mismo que debía emplear contra Herald. Billaud, pues, tenía empeño en que los peligros se alejaran de él y se concitaran contra los dantonistas.

Las palabras de Billaud causaron á Robespierre una dolorosísima impresión, y como espantado, dijo: «¿De modo que queréis matar á los mejores patriotas!»

La responsabilidad del suceso quedó entera para Billaud, y sin embargo, la muerte de Danton á nadie más que á Robespierre podía aprovechar.

Couthon, Robespierre y Saint-Just mordieron la manzana de la tentación, especialmente el último, que creía, por vanidad de su honradez tiránica, cuanto se decía sobre la corrupción de Danton.

Collot-d'Herbois, separado á tiempo de Hebert, el único hebertista

que había en el comité, no osó hacerse dantonista de un solo golpe por temor á que se desenmascarase la alianza. Lindet trabajó con ahinco, pero no pudo hacer otra cosa que advertir á Danton el peligro.

Danton recibió avisos de todas partes. El escribano del tribunal revolucionario, Fabricio Paris, que aquella noche había ido al comité, oyó algo que le pareció sospechoso y al día siguiente escribió á Sevres:



BRUNE

«¡Bien,—dijo Danton—no importa. Prefiero la guillotina antes que huir!» Danton levantó los hombros.

Para sostenerse en París hubiera sido necesario que la Asamblea sostuviera el decreto contra Heron. La derecha prescindía del decreto y abandonaba á los dantonistas.

El día 24, Rousselin aconsejó á los cordeleros que depurasen su asociación. Este aviso fraternal que no tenía otra finalidad que la de fundir los clubs de cordeleros con los Jacobinos, llevaba en sí un espí-

ritu especialísimo de unidad, establecer la alianza de jacobino.-cordeleros y heberto-dantonistas, rota torpemente por Hebert. En esta encontrábase la salud. Los cordeleros negáronse á ello.

Del 21 al 24 no se hizo más que trabajar en la Convención para que el comité se convenciera de que si gobernaba era por ella. Nómbranse presidentes á Tallien y á Legendre. ¡Qué seguridad para los dantonistas! De todas partes, de las comunas, de las cercanías de París, desfilaron ante la Convención pronunciando discursos de felicitación por su energía contra Hebert. Todo aquello parecía un idilio sentimental de ofrecimientos políticos. Todos se enternecían pensando en un mismo objeto, concibiendo una sola aspiración.

La Convención recibió extraordinarias muestras de simpatía.

Nadie defendía á Danton. Contentábase con decir la gente que la resolución era horrible. La ejecución de Hebert (día 24) precipitó los acontecimientos, dando á la situación un nuevo aspecto.

Habíase experimentado lo peligroso que era la supresión del *Pere Duchesne*, el periódico del pueblo que esperaba con avidez todas las mañanas. Era necesario dar al pueblo algo que le divirtiera, que le compensara la pérdida del periódico, un espectáculo gratis. El 11 de Marzo, antevíspera de la detención de Hebert, el comité de Salud pública acordó que el Teatro Francés, designado con el nombre de *Teatro del Pueblo*, diera tres veces cada diez días funciones patrióticas, á las cuales podría asistir el público por medio de entradas convenientemente distribuídas.

Esto produjo una alegría inmensa en el pueblo, á pesar de que el asunto Hebert estaba en su período álgido. El pueblo soportó la muerte de su periodista, conturbado por el entusiasmo de aquellas promesas, de aquellas diversiones gratuitas anunciadas con fuertes redobles y disparos de pólvora.

¡Oh pueblo olvidadizo! La muerte de Hebert fué como una fiesta más. Era curioso ver aquella figura que tanto habló de la guillotina comparecer sobre el patíbulo. ¡Aún sirvió de explotación el espectáculo! Bancos, tablados, todo se preparó para facilitar el goce de la ejecución. La plaza se convirtió en teatro. Se pagó mucho dinero para poder estar de pie desde la mañana. Los asientos costaron elevadas sumas. Hormigueaban por la plaza vendedores ambulantes, y el movimiento en las gentes era frenético bajo el alegre sol de aquella mañana de Marzo. Los verdaderos republicanos no defendían á Hebert, por considerar que había comprometido á la República.

Era aquella mañana propósito para las diversiones ruidosas. No se concebía que ante tan hermoso aparecer de la naturaleza hubiera humano ser que no se lanzara á la calle. El gran público indiferente, poco enamorado de la Revolución, realista aun en sus costumbres, salió á recibir los rayos del sol. La Revolución aquel día iba á proporcionarle un espectáculo que ni sus propios amigos le hubieran facilitado. Hebert no

contaba entre aquella muchedumbre ni con veinte amigos. ¿Y qué había hecho el pobre Anacarsis Clootz? Allí estaba sentado en aquella banqueta que la Francia miraba con ojos de alegría, viendo como caían sobre el fatal tablado trozos vivientes de su corazón.

¿A quién se prestaban servicios más que á la Vendée, matando á Hebert y Clootz, que con tanto ardor pidieron su exterminación?

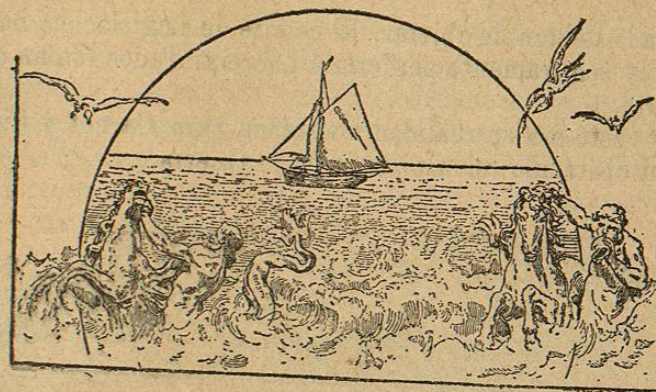
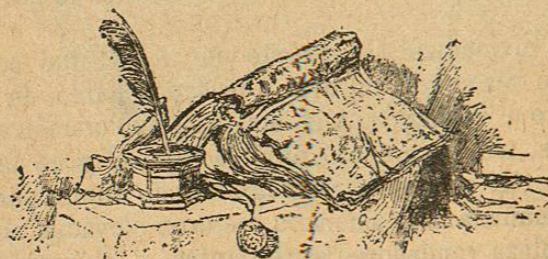
Saint-Just dejose arrebatar de su cólera, de su furioso talento. La espuma de su ira le llenó la boca y pronunció sentenciosas, fatales palabras.

Sin embargo, el pueblo advirtió que el cementerio de la Magdalena estaba atestado de cadáveres. Primero Luis XVI y después la Gironda... Aquello era imposible. Payan advirtió á Fouquier-Tinville que el cementerio de la Magdalena no admitía más cadáveres. La sangre de los guillotinos iba á quemar la tierra. ¿Qué ocurriría si en sus entrañas sepultábanse aun los cadáveres de Desmoulins y Danton?...

Preparose el abandonado cementerio de Monceaux.

Danton abrió las fosas.

Allí esperó el gran patriota la llegada de Robespierre.



CAPITULO IV

Supresión del ministerio de la guerra.—Carnot, Lindet, Prieur.—Creación de una policía especial al servicio de Robespierre.—Saint-Just lee el acta de acusación.— Los comités votan la detención.

Mientras nuestras miradas se fijan en este punto negro de París, en la fosa que la revolución se abre para descender á ella, llega la primavera; todos los ejércitos pónense en movimiento. Kosciuszko resucita Polonia, y esto aprieta más los lazos de la coalición. Los reyes saben que Polonia, muerta tantas veces, no perecerá definitivamente más que en Francia. Aun no está organizada la defensa: ¿Por qué?

Por qué Lindet, Carnot y Prieur aun no ejercían la dictadura de la guerra.

Aún existe el ministerio de Bouchotte, sombra vana que á todo crea obstáculos y no sirve para nada.

El más grande servicio que se pudiera proporcionar á la República era realizar la idea propuesta desde el 1.º de Agosto por Danton, esto es, que el *comité de Salud pública* ejerciera las *funciones de gobierno definitivo*. El comité, pues, debía de suprimir los ministerios y aceptar exclusivamente toda la responsabilidad.

La colectividad gobierno no existiría más que en la apariencia. La fuerza gubernativa se dividiría y distribuiría en distintas jefaturas. Pero para las cuestiones de la guerra todas las fuerzas representativas debían concentrarse en un hombre, en Carnot, en Lindet las administraciones auxiliares (subsistencia, equipo, transportes), en Prieur, las armas y municiones, en Saint-André lo relativo á la marina.

Los comités fueron convocados en la noche del 30 al 31 de Marzo. Asistieron los comités de Salud pública, de Seguridad, y cosa inaudita, el *comité de Legislación*. Este seguramente tenía el encargo de Robespierre y Saint-Just de redactar el decreto de organización. Cambaceres, Treilhard, Berlier, legistas imperialistas, nacidos para dictar leyes ce-